

**(DES) ENCUENTROS DE UNA MEMORIA QUE CAMINA  
APROPÓSITO DEL TESTIMONIO EN EL AULA**

**(DIS) MEETINGS OF A MEMORY THAT WALKS  
ON PURPOSE OF THE TESTIMONY IN THE CLASSROOM**

**DESENCONTROS DE UMA MEMÓRIA QUE CAMINHA  
SOBRE O TESTEMUNHO EM SALA DE AULA**

Leonardo Raúl Brito<sup>1</sup>

*¡Y si después de tantas palabras,  
no sobrevive la palabra! (...)  
¡Más valdría, en verdad,  
que se lo coman todo y acabemos!*  
**César Vallejo**

*Narro y me comprometo al narrar,  
doy cuenta de mi misma, ofrezco a otro una  
explicación en la forma de un relato que bien puede  
servir para resumir cómo y por qué soy.*  
**Judith Butler**

**Resumen**

El siguiente texto gira en torno a la importancia del testimonio en la interacción educativa. En este sentido, se estructura en tres partes: *palabra, testimonio y memoria; testimonio y literatura; testimonio y escritura*. Se retoman algunas ideas de Joan-Carles Mèlich Sangrà. En especial, la de considerar a la educación como un encuentro ético. Además, en un intento por dar testimonio y tejer con él los presupuestos de este escrito, iré intercalando episodios de mi experiencia docente, con la esperanza de darme en la palabra, aunque advierto su dificultad bajo el riesgo de caer en el ejemplo. La intención es realizar una relectura de mi experiencia a la luz del autor mencionado. De la que necesariamente surgirán interpelaciones, cuyas respuestas harán parte de los silencios de quien escribe estas líneas.

**Palabras clave:** testimonio; memoria; literatura; escritura

**Abstract**

The following text revolves around the importance of testimony in educational interaction. In this sense, it is structured in three parts: *word, testimony and memory; testimony and literature; testimony and writing*. Some ideas of Joan-Carles Mèlich Sangrà are taking up. In particular, that of considering education as an ethical meeting. In addition, in an attempt to give testimony and weave with it the presuppositions of this writing, I will intersperse episodes of my teaching experience, hoping to give myself in the word, although I notice its difficulty at the risk of falling into the example. The intention is to do a re-reading of my experience in the light of the named author. From that interpellations will necessarily arise, whose answers will be part of the silences of the person who writes these lines.

**Keywords:** testimony; memory; literature; writing

## Resumo

O texto a seguir gira em torno da importância do testemunho na interação educacional. Nesse sentido, está estruturado em três partes: *palavra, testemunho e memória; testemunho e literatura; testemunho e escrever*. Algumas ideias de Joan-Carles Mèlich Sangrà são retomadas. Em particular, o de considerar a educação como um encontro ético. Além disso, na tentativa de dar testemunho e tecer com ele os pressupostos desta escrita, intercalarei episódios da minha experiência docente, na esperança de falar, embora perceba sua dificuldade sob o risco de cair no exemplo. A intenção é reler minha experiência à luz do referido autor. De onde necessariamente surgirão perguntas, cujas respostas farão parte dos silêncios de quem escreve estas linhas.

**Palavras-chave:** testemunho; memória; literatura; escrever

Recepción: 24/12/2021

Evaluado: 06/03/2022

Aceptación: 19/03/2022

## Palabra, testimonio y memoria

Educar es acompañar al otro. Ir a su encuentro. Hacerse responsable de él, desde la ternura y la confianza, pero también hay que dejarse alcanzar, interpelar. Viene a ser la educación una relación ética, desde la palabra; dado que, hacerse responsable del otro es darse en la palabra. Una palabra para evocar y encontrarse, reconocerse (en sí) y en el otro. Darse en la palabra es dar testimonio del existir. Al respecto, Mèlich (2011) plantea que “el testimonio es posible porque el ser humano es un «ser experiencial», vive en las experiencias y es capaz de narrarlas y de transmitir las” (p. 92). Sin duda, tenemos que dar la palabra al estudiante, pero antes el docente ha de darse la palabra a sí mismo, reconocerse en ella como un espacio de encuentros y desencuentros, para la interpretación de su propia experiencia personal y profesional.

## ¡Aserrín! ¡Aserrán! Los maderos de San Juan... 2001

Le dije que no. En su rostro se asomó la resignación. Ya antes se había sacrificado por mí. Cuando estaba en noveno grado me sacó del colegio público del pueblo y me matriculó en el privado. Según ella, porque en el otro no enseñaban nada. Le dije que no se preocupara. Que quizás más adelante, si tenía un mejor trabajo, me iba para Riohacha. Ya mi hermana estaba allá estudiando Ingeniería industrial.

Mi primo mayor me dijo que don Mañe, el papá de una de las compañeras de 11, estaba necesitando un ayudante. Que él le había estado ayudando, pero que no iba a seguir, pues se iba a estudiar a Bucaramanga.

El taller estaba detrás del colegio privado. Don Mañe me explicó mis funciones. Sería ayudante de ebanistería. Me pagaría semanal, según el trabajo que hubiese. También me indicó que no fuera todos los días, pues él laboraba en la multinacional Intercor, que la ebanistería para él no era un oficio, sino un arte. Me gustó el hecho de no ir todos los días, pues así podía ir al Perrital, la cancha de tierra donde todos los días jugábamos microfútbol con los pelaos del barrio.

Ese día aprendí que existía la ebanistería y que el trabajo podía ser un arte. Y ahí estaba yo, después de terminar el bachillerato, puliendo trozos de madera para transformarlos en obras de arte. Con don Mañe aprendí otro arte: la paciencia.

Antes de escuchar al otro debo hacerme responsable de mí mismo. Cuando el sujeto desconoce sus limitaciones y posibilidades, es difícil que sus acciones puedan orientarse de buena manera, ya sea de forma individual o colectiva. Conocerse a sí mismo es responder a la pregunta cómo soy. Esta cuestión- diferente al qué soy-permite inquirir sobre la existencia en relación con la experiencia de compartir en el mundo. Esto último, sin renunciar a la individualidad, a la autonomía, sitúa el conocerse a sí mismo dentro de un espacio comunitario. Al respecto, Butler (2009) expresa “Cuando el «YO» procura dar cuenta de sí mismo, puede comenzar consigo, pero comprobaba que ese sí mismo ya está implicado en una temporalidad social que excede sus propias capacidades narrativas” (p. 19). El autoconocimiento, así, requiere de la apropiación del mundo: de lo heredado, de la memoria colectiva que habitamos.

La persona se conoce a sí misma en la medida que reflexiona el encuentro con el otro. Se hace responsable de sí cuando evalúa las oportunidades de ser en un colectivo. De igual manera, para actuar responsablemente en las relaciones sociales es necesario conocerse. La formación de lo que soy requiere el despliegue del otro en mí (Butler, 2009). Esto no es la negación de la singularidad. A ese otro lo encuentro en mi testimonio.

Cuando el educador da su testimonio a la vez se convierte en testigo de sí mismo, en forjador de su relato (Uribe, 2018). No solo es el otro quien puede encontrarme. En mi experiencia, ahora exteriorizada en el testimonio, me redescubro y soy consciente de mi memoria. El recordar ayuda en la construcción de mi presente y a la vez se proyecta hacia el futuro. Así, el recuerdo trasciende unas coordenadas temporales que re-significan los sucesos pasados y dotan de sentido el presente. Esta nueva contextualización de la experiencia ayuda en la comprensión, y para afrontar nuevas circunstancias. En todo caso, cualquier nueva experiencia no está desprovista de la contingencia; “Por ser narrativo el testimonio pone de manifiesto el carácter contingente y modificable de su contenido y de la existencia misma” (Uribe, 2018, p. 296).

### **Una noche toda llena de perfumes, y de música de alas<sup>2</sup>** **2002**

Una noche, en casa de mi abuela, la Chaji, una de mis tías y hasta entonces la única profesional, se acercó y me fulminó con una pregunta. “*Dónde quieres estudiar*”. “*Bucaramanga*”, respondí y aún no sé el porqué de mi respuesta. Quizá porque un primo vivía acá. Quizá porque mi mamá alguna vez había comprado prendas acá. Quizá porque era la ciudad de los parques. Quizá porque era la ciudad Bonita. Soy guajiro. Pero esta ciudad me gusta. Quizá no tenía mucho de donde escoger. Al día siguiente tenía un pensum de la Universidad Industrial de Santander. Había decidido ser economista. Pero mi primo pensó que mi puntaje ICFES era bajo para esa carrera, y me inscribió en Idiomas para que entrara y luego me cambiara a Economía.

En la disposición para darse en el testimonio hay que tener presente que de ninguna manera en nuestro relato nos podemos abordar en nuestra totalidad. La vida como narración es un discurrir constante. También, quien da el testimonio, en este caso el educador, debe cuidarse de no presentarse como ejemplo, como prototipo para la emulación, “precisamente porque es transmisión testimonial el maestro no convierte en ejemplo su experiencia, ni la transmite para que sea repetida o tomada como modelo” (Mèlich, 2013, p. 173). No obstante, no quiere decir esto que el otro no pueda aprender de mi experiencia.

Darse en el testimonio es marcar la ruta para el encuentro. Una manera de preocuparse y compadecerse ante sus vivencias.

Cuando me escribo descubro mis debilidades y las muestro al otro, y el otro puede reconocerse en ellas. Si el ser humano determina la debilidad de su propio ser y la entiende como emergente de su condición humana, estará en capacidad de reconocerla en los demás. Así, aceptar que, como ser humano dentro de un sistema, necesita de la ayuda de los demás, y que los demás también la requieren, en una acción conjunta por la supervivencia con mejores condiciones de vida. Es por ello que la educación es un encuentro ético, es una respuesta al otro – y en ese otro siempre estoy implicado yo. Y la ética no existe sin el testimonio. Pero es el educador quien, como pide Mèlich (2011), se apasiona por la palabra, por su transmisión, y por la acogida y hospitalidad que habita en ella.

### Testimonio y literatura

Una educación ética propende por la sensibilidad; por el encuentro con el otro, desde la deferencia, la solidaridad y la responsabilidad. Bárcena y Mèlich (2000) mencionan que para que la educación sea sensible es “necesario subrayar la dimensión poética de la racionalidad educativa” (p.185). En este sentido, abogan por la reivindicación de la literatura en la educación, donde el saber educativo se vincule con el saber poético, puesto que “Sólo desde una dimensión *poética* podemos crear auténtica novedad —una novedad refundadora de humanidad— en educación y, al mismo tiempo, una verdadera crítica” (p. 194). Pensar en la palabra es también pensar en la literatura. El testimonio es una invitación literaria, puesto que tiene un carácter poético.

### Al norte con sus dientes de culebra<sup>3</sup> 2009

Un título de Licenciado en Español y Literatura. Dos meses de experiencia como profesor en un colegio del norte - en la periferia- de Bucaramanga, y seiscientos mil pesos mensuales. “*Un sueldo de aseador*”, escuché alguna vez.

“...pégume entonces, pégume si es capaz”. En sus ojos: rabia, hambre, dolor, ausencias, y unos gramos de mariguana. En una esquina, Harold y Milton expectantes por si había que proceder. Reinaba el silencio. Pero ese día no habría sangre en la arena. El torero se retiraba. Subí los seis peldaños que dirigían al *hueco*. Me entretuve con el canto de un pequeño pájaro enjaulado. Alegraba el día a los dueños de la casa donde funcionaba la mitad del colegio. Al instante, arribó la niña Barrios, sus ojos torcidos, y enderezó mi ánimo con su sonrisa. Volvimos al salón. “*Querido profesor*”, recitó Ivis, “*qué vamos a hacer hoy*”. Miguel abrió su único cuaderno, pero no escribía. Le pregunté que por qué... “*porque no tengo lapicero.*” Le presté el mío.

En la Universidad no nos enseñaron – si es que eso es posible- a lidiar con las dificultades sociales de los estudiantes. Y ahora estaban allí, en la mayoría de sus rostros. Era *tensionante*. Una disputa constante en cada jornada.

Empecé a delimitar los entornos de los estudiantes para ver de sus experiencias (propias y sociales) cuáles podrían ser objetos de saber en mi quehacer docente. Así, opté por la interacción como proceso de comunicación y de mutuo reconocimiento. “*Profe, no les hable tanto en clase, que para reflexionar tengo al profesor de filosofía*”, me advertía el rector. Ponderé sus vivencias por medio de la palabra: la escritura de crónicas para descubrir su entorno y de autobiografías para que mostraran su espíritu. También *monté* un taller de escritura creativa. Para esta época ya había sido premiado en tres concursos literarios.

Comencé a llevarme bien con los muchachos. A conocerlos. A escucharlos. A descubrir que detrás de un número hay una historia para ser contada, escuchada. Comprendí que los pelaos tienen cosas que decir, y que esperan un motivo para hacerlo. Recuerdo sus nombres. Sus historias que compartieron conmigo. Las

lágrimas que sus tristezas y carencias en más de una ocasión hicieron brotar. *“Esto es un desierto, profe”*. Aseguraba el rector del colegio. *“Esto es un desierto”*, repetía. Nunca le creí.

En el norte estuve siete meses. Me ofrecieron trabajo en una universidad. Un mejor trabajo. Un mejor sueldo. Había que partir. Un abrazo. *“No se vaya, profe.”* *“Lo quiero mucho, profe.”* *“Que le vaya bien, querido profesor.”* *“Lo llevo en la buena”*. *“Uishh, profe...usted si no”*. Los pelaos.

Me fui a medias. Porque me pidieron que siguiere ensayando con ellos las representaciones de los libros que habíamos leído durante el año. Se iba a hacer un carnaval literario con desfile en carrozas por el barrio. Peter Pan para octavo; Cien años de soledad (fragmentos) para noveno; Edipo Rey para décimo y mitología griega para once. Pero no pude estar en la presentación, porque esa noche tenía capacitación en el nuevo lugar de trabajo.

Dudo que los pelaos del norte recuerden mis clases. Dudo haberles enseñado algún contenido relevante para sus profesiones u oficios. Dudo que recuerden qué es el mito, la novela o la generación del 98. En últimas, la educación es lo que nos queda después de olvidar los temas que nos enseñaron en el colegio.

Mèlich (2003) plantea que las verdaderas relaciones educativas son aquellas en las que los maestros y estudiantes se encuentran cara a cara; mas, precisa que *“Solamente una razón sensible a lo individual, a lo particular, a lo cotidiano, a lo singular... puede ocuparse de este encuentro genuino”* (p. 39). En este sentido, testimonio y literatura convergen, pues en ambas las situaciones y personajes pueden interpretarse de diversas maneras.

En todo caso, habría que definir qué entendemos por literatura. Magris (2001) rechaza la literatura timorata, que se ensalza en los buenos sentimientos en procura de ocultar el mal; por el contrario, aboga por una literatura que no le dé miedo mostrar el mal y lo negativo, pues sostiene que solo así puede expresarse la verdadera bondad de lo humano. La buena literatura- aunque no creo que se pueda clasificar- nos muestra la decadencia y lo marginal de la existencia, a los excluidos: sus dolores y tristezas. Además, no se contenta con la contemplación, sino que critica lo establecido, como una posibilidad de renacimiento de lo singular de las personas.

### **Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra<sup>4</sup>**

**2003**

*“El país los necesita. Ustedes son quienes pueden hacer mejor las cosas, diferente. Serán profesores.”* Nos dijeron el primer día de clase. Sonaba bien. Pero... *“deben decidir si vinieron a estudiar Licenciatura o Literatura, si vinieron por la primera pueden irse ya”*. Nos refería el director de Escuela, un literato. Yo escogí la segunda. Me quedé. Me gustó. Ya no sería economista.

*“Tengan claro que ustedes no van a ser escritores, ni literatos. Ustedes van a ser profesores, y van a lidiar con monstruos”*. Nos decía la pedagoga, librando su batalla con el profe literato. Y ahí estábamos 28 prospectos de docentes, recibiendo clases de literatura, lingüística, francés y pedagogía. En medio de esos cuatro dilemas conocí a tres seres humanos que definieron en gran parte mi visión de mundo: Juan Rulfo, Anton Chejov y César Vallejo. Mis maestros.

Las clases de pedagogía eran aburridas, sin sentido. En esas interminables horas de hastío, comencé a recrear la realidad. Mientras el profesor nos hacía la línea del tiempo de la pedagogía o mientras compañeros exponían los aportes de algún pedagogo o cuando nos explicaban la diferencia entre cartel y cartelera, yo me refugiaba en la palabra.

*está la jaula  
una puerta abierta  
y un vuelo a la deriva*

*sobre el suelo  
plumas livianas  
batallan contra el olvido*

Después vinieron los premios. En Cartagena; Cundinamarca; Catalunya, España. Los reconocimientos, las publicaciones, los grupos de creación literaria. La sociedad del mutuoelogio. Pero no necesitaba una etiqueta en la frente. No escribía para eso.

### **Testimonio y escritura**

Como se había afirmado, la educación es un encuentro ético, que incluye a la memoria, el testimonio y la palabra. Pero ¿cómo hacer que ese encuentro sea posible en una escuela llena de ruidos y mutismos, de velocidad e inmediatez? Una posible manera sería la escritura de autobiografías o historias de vida. Ahora, la idea no es reducir la experiencia, el testimonio a una producción escrita. Sino que como posibilidad en la escuela puede ser una manera de darse al otro desde la palabra escrita. Donde los estudiantes y, ante todo los profesores, puedan enlazar con su pasado, bien sea para recuperarlo o para negarlo. (Mèlich, 2003).

La escritura es una oportunidad de apertura, de propiciar el despliegue de la alteridad. Al respecto expresa Vargas (2016): “Recibir la escritura como mensaje de alguien es hacerse cargo de su existencia, de su mundo. Sólo que “esa mitad”, símbolo, sólo puede ser recibida desde “esta otra mitad”: mi cuerpo, mi vida, mi existencia” (p. 57). Por su posibilidad de relectura, la escritura permite la revisión de la vida, ante la presencia de los otros.

Por otra parte, el hecho que se dé testimonio desde la escritura permite la evaluación y la intervención crítica del presente, en la medida que lo escrito supone pausa, silencio, y precisión de lo narrado. La escritura de autobiografías o de historias de vida da la posibilidad de recobrar los mejores momentos del pasado, darles forma arañando recuerdos al olvido.

### **Que muchas sean las mañanas de verano<sup>5</sup> 2010**

En mi primera experiencia como docente universitario estuve ocho meses. Me aburrí. Luego me fui a trabajar con el Estado. Pasé el concurso docente, sin saber que Bucaramanga era un ente territorial diferente a Santander. Durante cinco años trabajé en una vereda del municipio de Lebrija: El Conchal. A dos horas de Bucaramanga. Vereda de antigua vía férrea. De violencia. De miedos. De fiestas. De tragedia. En otrora corredor guerrillero. También asentamiento paramilitar. De hijos de víctimas y victimarios jugando a las escondidas.

Llegamos en una tarde de domingo. Amablemente, la profe a quien iba reemplazar fue a explicarme en qué consistía mi trabajo. “Este es el salón de octavo y noveno” “¿qué?” “Si profe, acá en un salón hay dos grados” ... “Acá están las Guías de español, sociales, Edu física, proyectos productivos, biología...” “¿y cuántos profes somos?” “En secundaria dos, toca que se dividan las materias.” Le di las gracias, y fui a llamar a mi tía. No había señal. Pero las sorpresas no terminarían ahí.

Al día siguiente llegaron un grupo de muchachos con morrales atiborrados de ropa y cuadernos. Eran los internos. Venían a quedarse. Solo en Conchal había

bachillerato. Los niños eran de las veredas distantes, se quedaban en la escuela de lunes a viernes.

Este era un mundo nuevo; de olor a boñiga, a pescado y a tierra mojada. Los primeros días fueron duros, sus noches eternas. También me tocaba quedarme en la vereda de lunes a viernes. Debía orientar 6 asignaturas entre las que estaba biología de la que no tenía dominio disciplinar. Pero debía responder a las expectativas de los estudiantes. Decidí entonces quedarme unos fines de semanas para estudiar las guías de esa materia. Las vecinas me decían que no me quedara, que me fuera para Bucaramanga. Era difícil no pensar en las palabras de una de una de las estudiantes, vecina del colegio. “*De noche escuchaba los gritos*” ¿*Cuáles gritos, Lisseth?* “... *de los que torturaban en el baño del colegio*” Nunca me pasó nada, ni tuve miedo. Con el tiempo ese baño lo convertimos en la biblioteca de la escuela.

Fueron cinco años maravillosos. De un aprendizaje tanto en lo personal y lo profesional. Descubrir esa otra cara de la docencia, que tampoco te enseñan en la Universidad.

Compartir con profesores hijos de la tierra y comprometidos con sus escuelas. Vivir y educar a los internos (llegaron a ser 24, entre niños y niñas), jugar con ellos fútbol en las tardes, en las noches contar historias de miedo. Amanecer sentados en el mesón de la cocina, porque el colegio, una vez más, se había inundado. Castigarlos por alguna travesura o sofocar con un paño una fiebre delirante. Llamar a la curandera de la vereda para aliviar al estudiante que se había *descujado o estaba abierto de pecho*. Quedarnos sin comida porque las vías de acceso estaban taponadas. Comer pato salvaje cazado por uno de los internos. Despertarnos a media noche con las lágrimas de una niña que quería irse para su casa, porque extrañaba a sus hermanos. Dormir con un ojo abierto cuidando a las niñas cuando cerca había campamento de soldados.

En estos contextos la relación *maestro-alumno-saber* se transforma de forma abrupta. Así la clase se convirtió en un pequeño elemento dentro del proceso formativo. Las realidades de los estudiantes y de la escuela suponían una nueva disposición. En un primer momento consistió en brindarles a los estudiantes y a los internos unas condiciones dignas. Esa era una visión de todos los compañeros, incluido el rector. No nos podíamos poner a esperar al gobierno. Realizamos algunas actividades para recaudar dinero.

Insisto, fueron años maravillosos. Aportar directamente a la educación de los estudiantes me hacía sentir muy bien. Saber que gracias a nuestro esfuerzo y solidaridad varios de esos muchachos podían estudiar, conocer el mundo a través de nosotros. Pero no era suficiente. Yo no había dejado de ser un profesor. Y a la par con lo ya descrito, se iniciaron los ajustes de los currículos de la institución. De nuevo ingresa la palabra.

Diseñé un proyecto de lectura “*La lectura Convoca*”. En esta iniciativa se involucraban a toda la comunidad educativa: profes, estudiantes y padres de familia. Para ellos se planearon actividades que partían de sus experiencias. Por ejemplo, con los padres y comunidad se realizaron tertulias para relatar las historias de las veredas. Era sobrecogedor escuchar las voces de los testigos: la época de la guerrilla, del tren, la época del paramilitarismo; y más cuando entre las voces estaba la de un desmovilizado de la guerrilla, hijo de la vereda. Con los profes se escribieron historias de vida para reinterpretar y dotar su quehacer docente de nuevos sentidos; con los estudiantes cine foros, concursos de cuentos... Las actividades propuestas se realizaban en todas las sedes. Todo esto fue posible gracias al buen ánimo de los compañeros de trabajo. El proyecto tuvo acogida, incluso por el MEN.

**Hay un espejo que te aguarda en vano<sup>6</sup>**

## 2014- 2015

De nuevo había pasado el concurso docente. Ahora sí para Bucaramanga. La mayoría de los estudiantes que me recibieron cuando llegué al Conchal ya se habían ido. Samuel había empezado a dar pataditas en el vientre de su mamá. Los días se hacían largos. Ya no podía jugar fútbol, una de mis pasiones, como antes, pues en una clase de Edufísica hice un mal movimiento y me desgarré el muslo derecho. Era la segunda vez que me pasaba.

Me tracé como objetivo volver a ganar un concurso literario. Escribí. Borré. Reescribí. En literatura la inspiración no existe. Con el cuento *Los pétalos, amarillos; el polen, rojo* gané el Octavo Concurso Nacional de cuento *Colombia cuenta- MEN, RCN*. De nuevo las cámaras, las luces, los autógrafos, los viajes, las entrevistas. Pero lo más importante: el regocijo en los rostros de mis estudiantes al ver a su profesor en la televisión. Este cuento era especial. Era para ellos, “*A mis estudiantes del Conchal, el motivo de estas letras*”. Después, el adiós. Las lágrimas. La nostalgia.

Con la narración autobiográfica, aprehendemos el pasado. Como experiencia que se instaure de forma concreta en el tiempo, el otro puede volver a ella. Así, desde el silencio, la relectura del otro puede significar renovación de mi experiencia. En una época de vértigo y olvido no se le puede negar al testimonio la opción de ser documental. De igual manera, para quien escribe la autobiografía, la relectura de los episodios pasados permite la interpretación de la vida, posibilidad de encontrar conexión entre sucesos para comprender situaciones del presente.

La autobiografía o la historia de vida, al ser testimonio, también tienen un carácter literario, no solo por el hecho de ser narrativo, sino también porque, como afirma Mèlich (2019):

La biografía de cada uno es, en el fondo, una «biografía literaria», una biografía configurada en relación con personajes y con situaciones, con voces y con dudas, con alegrías y con miedos, con todo lo que el relato lleva consigo. (p. 41).

Se insiste: quien primero debe darse desde la escritura es el educador. Es su testimonio que ha de acoger al otro, de invitarlo a exteriorizarse. Quisiera finalizar con una cita de Uribe (2018), quien plantea que el testimonio del docente puede iluminar – sin ser ejemplo- para que el otro se haga cargo de sí mismo, donde iluminar quiere decir que “el testigo-educador, mediante su testimonio, se constituye en un mojón “imponente” por su relevancia pero discreto por su humildad, gratuito y efectivo de orientación, inspiración, interrogación y búsqueda para que los demás emprendan su propia experiencia formativa” (p. 318).

## **Buenos cristianos, honestos ciudadanos** 2015...

El Salesiano es mi tercer colegio. Colegio de pasillos grandes, de solo niños hasta este año. De don Bosco y María Auxiliadora. De eucaristía los 24 de cada mes. De 40 por salón. De “dar” clases. Allí intenté replicar el proyecto de lectura diseñado en el Conchal. No fue posible por varias razones...La palabra enjaulada. Algún taller de escritura. Una que otra “experiencia significativa”. Un inmenso patio de ruidos.

### Cierre preliminar

El trabajo de la memoria, del testimonio, de la palabra no tiene porque únicamente encumbrase en el análisis de los acontecimientos dolorosos de la humanidad. Si bien son importantes para la construcción de una memoria colectiva, con la intención de no repetirlos, también es oportuno la lectura que cada persona haga de su pasado. La escuela, como espacio para el encuentro con el recién llegado, ha de propiciar escenarios para que los estudiantes interpreten y reinterpreten su experiencia. Esto con la intención de situarlos en unos espacios temporales donde reconozcan la existencia del otro. No obstante, antes de ello, es el educador quien tiene que darse en su testimonio. Un testimonio que pueda exteriorizarse con la escritura. La palabra y la literatura- la razón sensible- tendrían que ser protagonistas en la escena educativa.

### Breve colofón de una lectura

Leer a Mèlich, además del regocijo de encontrar en él el valor de la literatura, ha sido la pulsión para escribir estas líneas que dicen algo de mí. La oportunidad de volver al pasado, de escribirlo, para reinterpretar mi presente, y decidir si retomo mi experiencia docente o renuncio a ella. La oportunidad para escuchar esas voces que nos habitan, que sospechamos están allí, pero que con la rutina y afanes diarios relegamos. Su lectura de la memoria, del olvido, de la palabra, del testimonio me ha susurrado que somos una memoria que camina. Somos cada una de las huellas que hemos andado. Las que ha desvanecido el tiempo y las que han permanecido intactas en el barro. Somos las gotas de sudor extendidas en la vera del camino. Somos, ante todo, las lágrimas que hemos derramado para el barro que conserva nuestras huellas.

### Referencias

- Bárcena, F. y Mèlich, J. (2000). *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Ediciones Paidós.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad* (H. Pons). Buenos Aires: Amorrortu.
- Magris, C. (2001). *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad* (J. González). Madrid: Anagrama.
- Mèlich, J. (2003). La sabiduría de lo incierto. Sobre ética y educación desde un punto de vista literario. *Revista Educar*, (31), pp. 33-45.
- Mèlich, J. (2011). *Filosofía de la finitud*. Barcelona: Herder.
- Mèlich, J. (2013). *Ética de la compasión*. Barcelona: Herder.
- Mèlich, J. (2019). *La sabiduría de lo incierto. Lectura y condición humana*. Barcelona: Tusquets.
- Uribe, J. (2018). El testimonio existencial como categoría pedagógica. Una fundamentación teórica [Tesis de Doctorado]. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Vallejo, C. (1988). *Obra poética* (coord. A. Ferrari). Alción Editora.
- Vargas, G. (2016). *Deseo y formación*. Editorial Aula de Humanidades, Universidad Católica de Manizales.

### Notas

<sup>1</sup> Licenciado en Español y Literatura y magíster en Pedagogía. Se desempeña como docente en la ciudad de Bucaramanga, Colombia. En el plano literario ha obtenido varios reconocimientos: ganador del 8º Concurso Nacional de Cuento MEN-RCN; primer Concurso de Cuento corto Tu Cuento Vale, España; y 6º Concurso de Poesía Eduardo Carranza. Actualmente es estudiante becado del Doctorado en Ciencias de la Educación, Universidad de San Buenaventura, Medellín. <https://orcid.org/0000-0002-0334-9115> [leitux@hotmail.com](mailto:leitux@hotmail.com)



<sup>2</sup>De *Nocturno III* de José Asunción Silva.

<sup>3</sup>De *Oda a la tristeza* de Pablo Neruda.

<sup>4</sup>De *Arte poética* de Vicente Huidobro.

<sup>5</sup>De *Ítaca* de Konstantino Kavafis

<sup>6</sup>De *Límites* de Jorge Luis Borges.